

encontraríamos insípida? No, divina María, no volverá á suceder desde hoy hacemos el santo propósito de repetiros, con el alma y lo más frecuentemente posible: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres tú entre todas las mujeres y Jesús el fruto de tus entrañas, bendito es. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... » Así sea.

### INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

#### EL AVE MARIA.

##### INSTRUCCION SEGUNDA.

###### SALUTACION DEL ARGANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio...* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP 1, VERS. 29.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados; refiere un misionero que predicando en una ciudad de Francia, fué llamado á casa de un gran pecador anciano, cuya vida nada había tenido de edificante. Echó el viejo los brazos al cuello del hombre de Dios, diciéndole: « ¡Aquí teneis á un miserable, salva dme! » Le tranquilizó el misionero y le suplicó, para mayor gloria del Señor, que le explicase qué era lo que le había convertido: — « Lo ignoro, contestó el anciano. — ¿Habéis asistido á las pláticas de la misión? — A ninguna. — ¿Vuestros amigos os han aconsejado tal vez que volviereis á Dios? — No tal. — ¿Ibais quizás á los oficios? — Jamás. » Los ojos del sacerdote fueron á fijarse en una imagen de la santísima Virgen. — « ¡Cómo! exclamó. ¡Un cuadro semejante en vuestra casa! — Sí, padre, es lo único que he respetado, y recuerdo que cada día rezo un *Ave Maria* delante de esta imagen (1). »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta historia de un pecador, para quien toda la religión se reasumía en el rezo de un *Ave Maria*, como última muestra de respeto á la santísima Virgen, me proporciona el plan y la distribución de un discurso, en el cual trataré, hermanos míos,

(1) Poussin, *Cat. hist.* tomo III, pág. 263.

de manifestaros el significado de la salutación y el derecho que María tiene á esta salutación.

INVOCACIÓN. — Madre Inmaculada de Jesucristo, dignaos rogar al Espíritu Santo que haga brillar en nuestra inteligencia un rayo de su luz, y en nuestro corazón una chispa de su amor, á fin de que podamos contemplar la verdad en todo su esplendor y nos guste de cumplir nuestro deber en toda su extensión. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Amados hermanos míos, supongamos que vuestros hijos al despertarse se os presentan delante serios y mudos como unas estatuas de mármol; que en lugar de dirigiros una sola palabra ó de haceros un ligero saludo, ni tan siquiera se dignan halagaros con una sonrisa ú honraros con una mirada. ¿No sería injusto afirmar que os demuestran cariño?.. ¡Oh! sí.

Supongamos que unos feligreses encuentran á aquel que les fué dado para que les guíe en el camino del cielo, que derramó sobre su cabeza el agua de la regeneración, y que depositó sobre su lengua la hostia de la primera comunión; supongamos que pasan por el lado del enviado de Jesucristo, sin quitarse la gorra ni despegar los labios. ¿Debe decirse que le injurían? Indudablemente.

Supongamos que un criado penetra en el cuarto de su señor y que no le da los buenos días; que un estudiante llega delante de su profesor y no se descubre; que un obrero se presenta á su amo sin saludarle; que un militar ve á su jefe, sin hacerle el saludo de ordenanza. ¿No se debe reconocer que estos subordinados desprecian á sus superiores? Evidentemente que sí.

Cuando escribimos á personas hasta de muy mediana condición, no omitimos, por poco que conozcamos las conveniencias sociales, terminar la carta con un saludo más ó menos amable. Los romanos lo colocaban en el encabezamiento de sus misivas, como lo atestiguan las cartas de Plinio, pero su objeto era el mismo.

Todo esto, hermanos míos muy amados, ¿no prueba que la intención de todo aquel que saluda á tal ó cual personaje es la de hacerle una demostración de honor ó de dependencia, de gratitud ó de sumisión, de confianza ó de amor?

Este uso, por lo demás, se remonta al principio del género humano,



y se vuelve á encontrar en todos los pueblos. Verdad es que el modo de manifestar aprecio no es el mismo en todos los países ; en el Indostán, por ejemplo, se toca la barba de aquel á quien se quiere honrar ; pero lo que es incontestable es que el saludo, sea cual fuere la manera como se verifica, es una demostración de respeto hácia las personas á quienes se dirige. Ved ahí, hermanos míos, su significado. He dicho que la costumbre de saludar es tan antigua como nuestros primeros padres, hasta me atreveré á decir que lo es más. No había aún en la tierra ni un hombre, y había ya millones de ángeles en el cielo ; éstos, apenas hubieron sido creados, se prosternaron ante Dios. ; Gratiitud á vos, Bienhechor infinito ! ; Homenaje á vos, Señor omnipotente ! ; Honor á vos, Monarca supremo ! ; Gloria á vos, Majestad de las majestades ! ; Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, en todos los siglos de los siglos !.. Tal es la salutación que los príncipes de la córte celestial dirigieron á su Creador, al salir de sus manos : *Incessabili voce proclamant* : y seguirán repitiéndola á través de la eternidad, y esta ocupación les proporcionará siempre encantos nuevos. A decir verdad, el grado más elevado de respeto es la adoración que solamente Dios merece ; cuando pues le adoran los espíritus bienaventurados, y lo hacen sin cesar, ésta es la mayor demostración de respeto que le pueden dar, la más bella forma de salutación que son capaces de emplear.

Y si queremos hacer averiguaciones en nuestros recuerdos de historia santa, veremos que, además de los ángeles, hubo otros seres que, formados antes que los humanos, saludaron al Criador. En efecto, cuando vino al mundo el hombre, tenía por encima de su cabeza el firmamento con sus maravillas y á sus piés la tierra con sus galas. Ahora bien, desde la mañana de su existencia todas estas criaturas dirigieron, á su manera, el saludo de su gratitud y amor al gran Dios que las había sacado de la nada. Estó durará hasta al fin de los siglos : la flor no se cansará de enviar sus perfumes, ni el sol sus luces, ni el ave sus cantos, á la faz del soberano Señor de todas las cosas, como prendas, en cierto modo, de dependencia, respeto y gratitud.

Creo haber mostrado en toda su fuerza, amados míos, el significado de la salutación. *Cogitabat qualis esset ista salutatio* ; hoy es domingo

este día os está concedido, como sabeis, no solamente para que descanséis del trabajo de la tierra, sinó también para que os ocupeis de las cosas del cielo. ¿ No sería absurdo dedicar toda la semana á los cuidados del cuerpo perecedero, y no consagrar ni una hora á los intereses de un alma inmortal ? ; Ah ! ; qué hermoso sería, padres cristianos, estar reunidos todos en familia el domingo por la tarde y repetir el sermón del predicador ! ; Cuántas bendiciones descenderían sobre vosotros y sobre vuestros hijos, si adoptaseis esta línea de conducta ! ; Y bien ! ; qué es lo que os priva de hacer el ensayo de un método tan saludable ? En esto perderían las tabernas, pero las familias saldrían gananciosas.

Me atrevo á esperar que si no todos, muchos á lo menos seguirán mis consejos ; y que meditarán un instante sobre el segundo punto que voy á desarrollar : *Cogitabat qualis esset ista salutatio*.

*Segunda parte.* — María, piadosos fieles, tiene derecho á la salutación por más de una razón. Es de la nobleza más elevada, brilla con el esplendor de las virtudes, es Reina del cielo y de la tierra es Madre de Dios y del hombre ; el Omnipotente mismo la saluda y nos ordena que la respetemos.

La pobreza de María nada quita á la grandeza de su origen ; aquella desnudez no era efecto de la casualidad, sinó una disposición de la Providencia... Aquel que había de nacer en el establo de Belen no quería que su Madre participase de los tesoros de la tierra. Esto dicho, amados hermanos míos, no os será difícil reconocer en María á la descendiente de los monarcas, entre los cuales David y Salomón fueron los más célebres. Ahora bien, es incontestable que una princesa tiene derecho á que se la rindan honores ; no hacerlo, es ofenderla en gran manera. El último alcalde de una nación cualquiera se sentiría ó se creería agraviado, si alguno de sus administrados dejase de saludarle. ¿ Y habrá quien se atreva á pretender que se reverencia á la santísima Virgen, no diciéndola ni un *Ave Maria* ?

Pero, aun cuando se sea de sangre real, se puede dejar que desear por más de un concepto, y esto no es raro. Pero no acontece con María. El esplendor de sus cualidades la eleva sobre el lustre de su nacimiento ; está adornada con los diamantes de todas las virtudes.



Ahora bien, hermanos míos, por poca educación que tengamos, ¿no nos complacemos en dar muestras de respeto á una persona que sea conocida de todo el mundo por su gran caridad, por su invencible paciencia, su tierna compasión, su dulce modestia, su exquisita servicialidad, su piedad angelical, su inalterable abnegación? Pues nada más razonable que ofrecer los homenajes de la más profunda veneración á María, puesto que todas las perfecciones de los santos y de los ángeles, comparadas con las suyas, resultan tan pálidas como la luna en presencia del sol. La historia nos asegura que la antigua Roma honraba completamente á las Vestales, porque eran vírgenes ó tenidas como á tales. Cuando subían al Capitolio, las banderas se inclinaban delante de ellas, los cónsules las cedían el paso y el mismo emperador las saludaba. Si fuese permitido comparar la virginidad pagana con la de María, la Virgen sin mancilla, yo, hermanos míos, diría: ¿Con cuánta mayor razón se debe saludar, de boca y de corazón, á la criatura que, entre tantos millones de ellas, fué la única que estuvo preservada de la mancha original, y que permaneció immaculada hasta su postrer suspiro?

Si el universo formase no más que un reino, ¿cuán gloriosa reina de él sería!; Cuán extendido estaría su poder!; Con qué sobrecojimiento no tendríamos que dirigirnos á su majestad! Jamás nos inclinariamos demasiado profundamente delante de ella. ¿Y porqué? Porque representaría la autoridad en su plenitud... Pues bien, hermanos míos, ¿qué es esto en comparación del poder de María? Poco ó nada. Ella no solamente es la soberana de la tierra, sino que lo es además del cielo. Lo cual significa que todas las muestras de reverencia posibles, dadas á esta Reina admirable por los débiles humanos, no son ni la millonésima parte de las muestras de veneración que se le deberían dar..

Pero si esta soberana incomparable es además Madre de Dios y del hombre, adquiere un derecho todavía mayor al respeto de todos y de cada uno de nosotros. No necesito explicaros que todos nosotros somos hijos de María; este precioso título está grabado en nuestro corazón en letras de oro y desde mucho tiempo. Tampoco he de probaros que una madre tiene derecho á las saluciones de aquellos á quienes ha llevado

en sus entrañas, alimentado con su leche y cubierto de sus besos. De consiguiente, es menester apresurarse á cumplir un deber de tan alta conveniencia para con la augusta Virgen que nos lleva en su corazón, desde que Jesús nos la dió por Madre, en la persona de san Juan, su discípulo amado. No hacerlo así, es ser peor que un infiel; *est infideli deterior*.

Por último el Altísimo mismo nos encarga que honremos á su Madre, que lo es nuestra también: *Honora matrem tuam*; y él es el primero que nos da el ejemplo de respeto por ella, puesto que el arcángel sólo le sirve de interprete. El Padre fué imitado por su Hijo. Durante su vida en la tierra, Jesús repetía con una ternura inefable: «Yo te saludo, María, llena de gracia; el Señor es contigo.» Porque sabía que aquella salutación gustábase infinitamente á la Virgen Inmaculada... Los santos, que continuamente ante sus ojos tenían á su modelo, para amoldarse á él según sus facultades, encontraban tantos encantos en el *Ave María*, que repetidas veces caían en éxtasis cuando la rezaban. Sigamos, amados hermanos míos, tan nobles huellas, no os diré muy de cerca, pero sí de no muy lejos.

PERORACIÓN. — Voy á citaros un ejemplo verdaderamente conmovedor y muy instructivo que no desdice de mi objeto, y que le sirve de peroración. En 1848, después de la revolución francesa, el prefecto de la Gironda dijo un día á su comisario de policía: «Todos los domingos, á eso de las cinco de la tarde, mientras me paseo por mi terrazgo, observo que me saluda un jóven rubio de una veintena de años. Haced de modo de encontraros por ahí á esta hora y de saber quién es este sujeto.»

Tres días después, llega el comisario y dice: «Señor prefecto, vuestro jóven es un oficial zapatero. Vive con su madre, viuda y medio enferma, en una buhardilla del n.º 17 de la calle de Santa Catalina. Es laborioso, prudente, económico y religioso. No sois vos la única autoridad á quien saluda: hace lo mismo con el señor general de división, con el señor general de brigada, con el señor arzobispo, y demás. El amor que tiene á su madre es la admiración del barrio. Parece que se priva de todo para cuidarla. Se llama Víctor Roblot.»

Aquel día nuestro Roblot se encontraba, al hacer sus cuentas, con



55 francos de entrada solamente, contra 70 francos de gastos, de modo que no sabía cómo arreglárselas para no causar inquietud á su madre. En tal estado las cosas, preséntase en su buhardilla un lacayo con librea blanca y oro, y le dice : « ¿ Sois vos realmente Victor Roblot? — Sí, señor. — El señor prefecto desea hablaros ; os aguarda, presentáos á la una de la tarde. — Es que hay muchos Roblot. — Me han enviado al número 17 de la calle de Santa Catalina. — Entonces realmente se trata de mí. Pero ¿ qué me puede querer el señor prefecto? Yo soy un obrero pacífico y no me mezclo en política. — Tranquilizáos ; aun cuando el señor prefecto no me haya hecho confianza alguna, creo que la política no entra por nada en este asunto. Si hubiese algo que temer de vos, se os habría enviado á alguien más temible que yo. »

Víctor Roblot, pues, se presentó en casa del señor prefecto á la hora señalada.

— ¿ No sois vos, le dijo el magistrado, que os permitís saludarme cada vez que me veis?

— Sí, señor prefecto, soy yo ; pero creía hacer bien ; no quería ofenderos.

— Parece que también saludais á todas las autoridades. ¿ Es verdad?

— Sí, señor prefecto ; pero, os lo repito, creo obrar bien.

— Teneis razón, amigo mio ; pero ¿ de dónde proceden estos hábitos de respeto?

— Al enseñarnos el catecismo, y al explicarnos el cuarto mandamiento: *Honrarás padre y madre*, el señor abate Troupinier nos ha dicho que este mandamiento nos obliga á honrar, no solamente á nuestro propios padres, sinó además á nuestros superiores espirituales y temporales, y desde entonces es que sigo la costumbre de saludar á las autoridades.

— Estoy seguro de que vuestros camaradas os lo critican.

— Es verdad ; pero si uno quisiese escuchar á los camaradas...

— Hablemos ahora de otra cosa ; ¿ van bien los negocios?

— Así, así : hay épocas malas.

— Pues bien : os encomiendo mi servicio y el de mis gentes y os autorizo para anunciaros en todo y por todo como á *Zapatero de la*

*Prefectura*, y además, ahí teneis un billete de mil francos, para que podais hacer las compras necesarias. Esta cantidad me la devolveréis con los trabajos que os encargaré (1). »

¡ Ojalá, hermanos míos, que profeseis á la autoridad más elevada después de la de Dios, es decir á vuestra divina Madre, un amor y un respeto que sean la admiración de los ángeles y de los santos! *Et habebis thesaurum in caelis* (2), y todos los millones, enterrados en las cuevas de todos los bancos del mundo, son granos de polvo, comparados con los tesoros que María os reserva en el cielo. Así sea.

(1) Periódico *l'Ouvrier*, Le Cordonnier de la Préfecture.

(2) San Lucas, cap. XVIII, vers. 22.